

de su padre, conservar sus derechos sobre su herencia. Antes el griego que obtenía el *ius civitatis* y cuyos hijos seguían siendo provinciales, estaba obligado á legar su sucesión á ciudadanos, ó á dejarla al fisco como bienes sin herederos. Algunos publicanos habían ejercido el derecho de recoger los despojos de la mar. «Yo soy el señor del mundo, contestó á los náufragos que reclamaban contra esta crueldad; pero hay una ley de la mar, la que los rodios han establecido: decidase según ella.» Y el fisco perdió.

Por un rescripto de aplicación difícil, pero muy justo en su espíritu, no autorizó al marido á perseguir á su mujer



Marco Aurelio joven (Busto del Capitolio, Galería, núm. 70).

por adúltera, sino en tanto que él mismo hubiera guardado la fidelidad conyugal. La condición de los esclavos mejoró también por su solicitud. Antonino declaró que el amo que por motivos fútiles diera muerte á su esclavo, fuera castigado con la relegación y aun con la pena capital; que quien lo hubiera maltratado cruelmente, quedara obligado á venderlo, y no pudiera comprarlo otra vez ni escribir en el contrato una cláusula que le permitiera perseguirlo con su cólera en la servidumbre ajena, como por ejemplo: «Prohibición de emanciparlo;» ó esta otra: «Será entregado ó entregada á la prostitución.» Dice un rescripto suyo: «Es de interés de los mismos amos que no se retire á los esclavos un apoyo contra el hambre, la crueldad y una intolerable injusticia; apoyo que imploran justamente.»

En la administración financiera, suprimió todos los gastos inútiles, las pensiones pagadas á personas que «corroían el Estado,» sin prestarle ningún servicio; vendió las *villas* del dominio imperial, alhajas y muebles preciosos; capital muerto con que benefició el tesoro público; como Adriano, hizo también condonación de atrasos por impuestos, y Marco Aurelio y Aureliano harán lo mismo.

Su economía le dió medios de desarrollar la institución

alimentaria y de venir en ayuda de las ciudades asoladas por calamidades públicas, como Roma, Antioquía, Narbona y Rodas. No hay que hablar de las construcciones hechas por él en Grecia y en Jonia, en Siria y en Cartago; en Lambesa, muchos de cuyos monumentos datan de aquella época, en Tarragona para su puerto, en Gaeta para su faro, en Nimes para su anfiteatro y el puente del Gard, en Baalbeck para su templo del Sol.

Todos los emperadores fueron grandes constructores: era una deuda que pagaban en Roma al pueblo entero, adornando la ciudad con nuevos monumentos; á los pobres, dándoles trabajo; á su predecesor erigiéndole el templo exigido por la apoteosis; en las provincias era la condición de su popularidad.

Fuera de esto, cada emperador, como los príncipes de Oriente, quería tener su mansión libre de todo recuerdo. Con esto Nerón abandonó el palacio de los Césares; Vespasiano destruyó la Casa de Oro, y Antonino no quiso habitar la villa Tiburtina. La edad de los Antoninos fué un tiempo de fiesta para los arquitectos, porque se demolía sin cesar, para reconstruir. Pero hay que repetir que, fuera de Roma, los trabajos eran cosa de las ricas ciudades, que los pagaban con las rentas municipales, los donativos de los ciudadanos y, á menudo, con una subvención imperial. Esta observación es tanto más necesaria para este reinado, cuanto que Marco Aurelio dice de su padre adoptivo que no era aficionado á construir.

Como Adriano, Antonino también creó nuevas cátedras de retórica y filosofía en muchas ciudades, asignando á los titulares honorarios que se les pagaban por el Estado, cuando fueron insuficientes los recursos locales. Al dinero añadió honores: en las ciudades pequeñas, cinco médicos, tres sofistas y tres gramáticos, y en las grandes, diez médicos, cinco sofistas y cinco gramáticos fueron exceptuados de los cargos municipales; y coronó la declamación misma dando el año 143 el consulado á dos retóricos famosos, al griego Heródotes Atico y al latino Cornelio Fronto. Pero los poetas no le parecían tan necesarios; á lo menos hubo de reducir la pensión que Adriano había señalado al poeta lírico Mesómedes.

Hubo, sin embargo, senadores capaces de conspirar contra este príncipe que hacía de la felicidad pública el único objeto de su gobierno. Esta vez no se duda ya, como en tiempo de Adriano, de la realidad del crimen: los Padres que por sí mismos ó por sus libertos transformados en historiadores hacían en la posteridad la reputación de los príncipes, admiten para el favorito del senado un peligro cuya existencia habían negado para el amigo de los provinciales. No hubo ejecuciones. Atilio Ticiano solamente perdió sus bienes; Prisciano se suicidó; Avidio Casio, que se sublevó en tiempo de Marco Aurelio, tuvo á lo menos el deseo de derribar á Antonino; Celso, en fin, á quien no conocemos, acometió alguna empresa seria, puesto que veinte ó treinta años después, la segunda Faustina recordaba su nombre á su esposo.

El senado extremó su celo en rebuscar culpables. Antonino, empero, lo contuvo. ¿Qué ganaría yo, contestaba á los que le instaban para que castigara ejemplarmente, qué ganaría en que se supiera que hay cierto número de ciudadanos que no me quieren?

Antonino tampoco amaba la guerra. «Más vale, decía, salvar á un ciudadano que matar mil enemigos.» Por sí mismo no emprendió ninguna expedición; pero sus tenientes tuvieron que dar combates decisivos, en Africa contra

los nómadas, en la frontera de los Cárpatos y del Danubio contra los dacios refugiados en las montañas y contra pueblos germanos establecidos en las inmediaciones de Panonia. Capitolino dice que los judíos provocaron todavía algún tumulto y que hubo rebeliones en Egipto y en Grecia.



Medallón de bronce de Antonino Pio.
Anverso: la cabeza del emperador.

Un tumulto en Grecia, el día siguiente del reinado de Adriano, se comprende mal, á menos que no se trate de una conspiración, la de Celso, por ejemplo, cuyo lugar y fecha ignoramos, ó de algún motín popular, al que parece hacer alusión Luciano (157); y una sublevación de los judíos parece que hubiera sido bien difícil después de toda la sangre que Trajano y Adriano habían sacado á este pueblo.

En Egipto fué más serio el asunto, puesto que se asesinó al prefecto Dinarco (147-148) y que, al decir de un antiguo, se creyó el emperador obligado á hacer el viaje de Oriente: fué la única vez que salió de Roma para ir más lejos que de la Campania.

En la Bretaña, Lolio Urbico, que se había distinguido en Judea en tiempo de Adriano, reprimió á los brigantes (140) y encontrándose en el estrecho detrás del *vallum Hadriani*, llevó la línea de las defensas de la provincia más al norte, hasta la muralla de Agrícola, el *Graham's dike*, lomo de tierra que corría entre los dos golfos de la Clide y del Forth. En recompensa obtuvo Lolio más tarde el primer puesto del Estado, el de prefecto de la ciudad. Los partos preparaban una expedición contra la Armenia y una carta de Antonino los detuvo. Los lazos, los cuades y los armenios aceptaron los reyes que él les dió, y su protección cubrió á los griegos de las orillas del Euxino contra los escitas de las inmediaciones, y á la Armenia contra el bandolerismo de los alanos.

Apiano refiere que vió en Roma á los diputados de pueblos bárbaros que solicitaban se les admitiera en el número de los súbditos del imperio; Antonino desestimó la demanda: era la política de Augusto y de Adriano. Vinieron también á Roma embajadas de la Bactriana y de la India; prueba de que las relaciones de comercio continuaban con estas lejanas regiones.

En resumen, las guerras en tiempo de Antonino carecieron de importancia, como de peligrosas turbaciones. «Entonces, dice su biógrafo, todas las provincias estaban florecientes, y ningún príncipe fué tan respetado de los bárbaros.» Un contemporáneo, el retórico Arístides, muestra la confianza que inspiraba esta prolongada paz. «Todo el continente está en reposo y no se cree ya en la guerra, aun cuando exista en algún punto lejano.»

Más respetuoso que Adriano con los viejos usos y las antiguas leyendas, creía encontrar un interés de conservación social en cosas en que su predecesor no había visto más que un interés de curiosidad escéptica. Procuraba como Augusto reanimar el patriotismo expirante poniendo en moda los maravillosos orígenes del pueblo romano: algunas de sus monedas representan la fuga de Eneas, la fundación de Alba, Marte y Rea, Rómulo y los primeros despojos ópimos, Horacio Cocles defendiendo el puente del Janículo, Esculapio llegando á la isla del Tíber en forma de serpiente (Glycon).

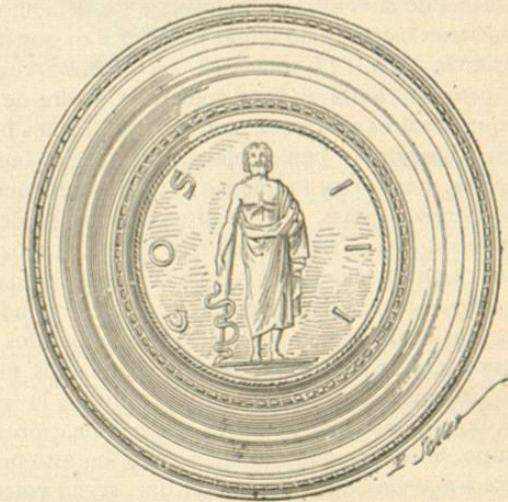
Para asegurar á los dioses en sus vacilantes altares llenaba escrupulosamente sus funciones pontificales, atraía á los templos á la multitud ávida de espectáculos, y merecía que los Padres conscriptos, engañados por estas apariencias de restauración religiosa, hicieran grabar una inscripción con estas palabras:

«El senado y el pueblo romano, al óptimo, máximo y justísimo príncipe Antonino Augusto, *ob insignem erga caerimonias publicas curam ac religionem.*»

Al mismo tiempo procuraba detener el progreso de las conversiones judías, por la renovación de las penas establecidas por edictos de Vespasiano contra los que practicaban la circuncisión en hombres extraños á la raza hebrea.

Viéndolo en esta disposición de ánimo, se pudiera temer que hubiera tratado cruelmente á los cristianos. Y no fué así: sobre este punto siguió la política de su padre adoptivo y les concedió una tolerancia de hecho, que fué sin embargo alterada de tarde en tarde por algún magistrado demasiado celoso que inmolaba una víctima ansiosa de morir. En cuanto al rescripto que Eusebio puso bajo su nombre no puede recibirse como auténtico, á lo menos en su forma actual. Es cierto que este príncipe ni su predecesor pensaron jamás dar derecho de ciudadanía en el imperio á la nueva religión; pero no es menos cierto que tampoco quisieron perseguirla, como quiera que el uno por indiferencia filosófica y el otro por bondad de corazón, repugnaban derramar sangre por cuestión de creencias. «Bajo el reinado de Antonino, dice Orosio, la paz reinó en la Iglesia» (1).

En aquella época, la fe encontró un hábil y audaz defensor. San Justino representa en la historia del imperio el



Medallón de bronce de Antonino Pio (2)

momento decisivo en que el cristianismo que con San Pablo había profesado la impotencia de la razón, y con los primeros sucesores de los apóstoles vivía en las sombras y en

(1) *Hist. sac.* II, 46. *Antonino Pio imperante, pax ecclesiis fuit*
(2) Reverso: Esculapio en pie, con la indicación del tercer consulado de Antonino: COS. III.

el misterio, sale á la luz del día y reivindica en alta voz sus derechos como doctrina racional. Entonces lo que se llamaba desdeñosamente «la religión de los esclavos y de las mujeres, de los niños y de los ancianos», se fortalece, no ya sólo ante el verdugo, sino también ante la ciencia, y se esfuerza en absorber en sí la sabiduría pagana purificada por la nueva revelación.

San Justino era un griego de Palestina que había atravesado todos los sistemas de filosofía antes de llegar al cristianismo, y refiere, no sin gracia, en un diálogo á la manera de Platón, los diversos estados de su espíritu. No quema, como tantos otros, lo que había adorado. El cristianismo para él es una nueva filosofía, más segura y útil que la antigua, pero no reniega de la que le ha precedido.

«Sócrates, dice, había sido una encarnación del Λόγος,



El Discóbolo de Mirón, encontrado en la villa Tiburtina (1)

ó razón divina esparcida en la humanidad, λόγος σπερματικός, porque toda inteligencia contiene una partícula de él. Cristo fué otra más completa, porque es la Verdad absoluta. Cuando el maestro de Platón intentó arrebatarse con la fuerza de la verdad los hombres á los demonios, estos lo hicieron matar como impío y ateo. Lo mismo hacen con nosotros. ¡Ateos! Lo somos en efecto contra vuestros dioses, pero no contra el Dios verdadero, Padre de toda virtud que nosotros adoramos, con el Hijo que nos ha enviado para instruirnos, con el ejército de ángeles buenos, sus satélites, y el Espíritu profético. Vuestros antiguos enseñaron ciertos dogmas, que nosotros exponemos de una manera más divina y cuya verdad sólo nosotros probamos. Nosotros decimos, como Platón, que Dios lo ha producido todo y todo ordenado; como los estoicos, que el mundo perecerá en las llamas; como vuestros poetas y filósofos, que los buenos serán recompensados, y castigados los malos. Cuando llamamos á Jesucristo el Λόγος divino, la razón de Dios, no hacemos sino aplicarle la denominación dada á Mercurio. Si se dice que fué crucificado, en esto mismo se parece á aquellos hijos de Júpiter que, según vosotros, han tenido que sufrir tormentos; que ha nacido de una Virgen, tiene esto de común con Perseo; que curaba á los cojos, á los paralíticos, á los enfermos, y resucitaba á los muertos... es lo que vosotros decís de Esculapio. Todos los que han vivido de una manera conforme á la razón son cristianos. Tales fueron, entre los griegos, Sócrates, Heráclito y

(1) Vaticano, núm. 618.

los que se les parecen, como en nuestro tiempo, Musonio, y entre los bárbaros Abraham, Ananías, Mizael, Elías y muchos otros.»

El cristianismo era pues el complemento y no la contradicción de la revelación natural.

San Justino se defiende; pero también ataca. A los dioses incestuosos y adúlteros del paganismo opone el de los cristianos, y á los escándalos de su historia, sus santos mandamientos. Enfrente de la vieja sociedad legalizando los vicios con el impuesto que de ellos saca, y erigiendo altares á Antinoo, pone la nueva sociedad que en vez de fiestas impuras y sacrificios sangrientos, tiene por culto la oración, la limosna, el ósculo de paz, la comunión fraternal con el pan y el vino. Y después exclama: «Dejad de imputar á hombres puros vuestros torpes desórdenes y los de vuestros dioses.»

Como predicación á los pobres, á los oprimidos, más hubiera valido el Evangelio; como defensa ante un tribunal pagano, el discurso era hábil sin carecer de verdad ni de grandeza. También se encuentra en las primeras palabras de esta súplica la viril intrepidez de un hombre que aceptaba el combate con los señores del mundo:

AL EMPERADOR TITO ELIO ANTONINO Pío,
AUGUSTO, CÉSAR,
A SU HIJO VERÍSIMO, FILÓSOFO,
A LUCIO, FILÓSOFO,
HIJO DE CÉSAR POR LA SANGRE Y DE ANTONINO POR
LA ADOPCIÓN,
PRÍNCIPE AMIGO DE LOS HOMBRES DE LETRAS;
AL SACRO SENADO Y Á TODO EL PUEBLO ROMANO,
EN NOMBRE DE AQUELLOS QUE, ENTRE TODOS LOS
HOMBRES,
SON INJUSTAMENTE ODIADOS Y PERSEGUIDOS;
YO, UNO DE ELLOS,
JUSTINO, HE ESCRITO ESTE DISCURSO (2).

Esta manera de suplicar, estas palabras tomadas de los estoicos, pero que él sentía en su ánimo viril: «Podéis darnos la muerte, pero no perjudicarnos,» eran propias de un creyente resuelto á dar su vida por su fe, como al fin la dará.

Desde Trajano, el cristianismo había tomado bastante importancia para que la primera *Apología* de San Justino hubiera podido llegar al emperador, sin determinar por eso á violar las leyes del imperio cuya guarda tenía, por la promulgación de un edicto de tolerancia. Los cristianos quedaron expuestos á las violencias del populacho en las ciudades donde mostraban demasiado celo contra los ídolos, demasiado ardor para el martirio, y con un príncipe tan bondadoso, hubieron de perecer algunos de ellos. Una carta de los fieles de Esmirna á las iglesias de Asia, que Eusebio ha conservado, es la pintura viva de una de estas escenas abominables y sublimes. Un hombre de Frigia, de aquel país en que Cibele exigía devociones sangrientas, Quinto, decidió á algunos esmirnitas y filadelfos á provocar su suplicio para gozar cuanto antes de la eterna beatitud. Eran doce y mostraron un valor heroico en medio de los tormentos, que los verdugos variaron con infernal ingenio. Pero uno de ellos, Germánico de nombre, se distinguió entre todos por su desprecio del dolor. El procónsul repugnaba ejecutar á unos hombres que sólo le parecían culpables de obcecación religiosa, y hubiera querido salvar-

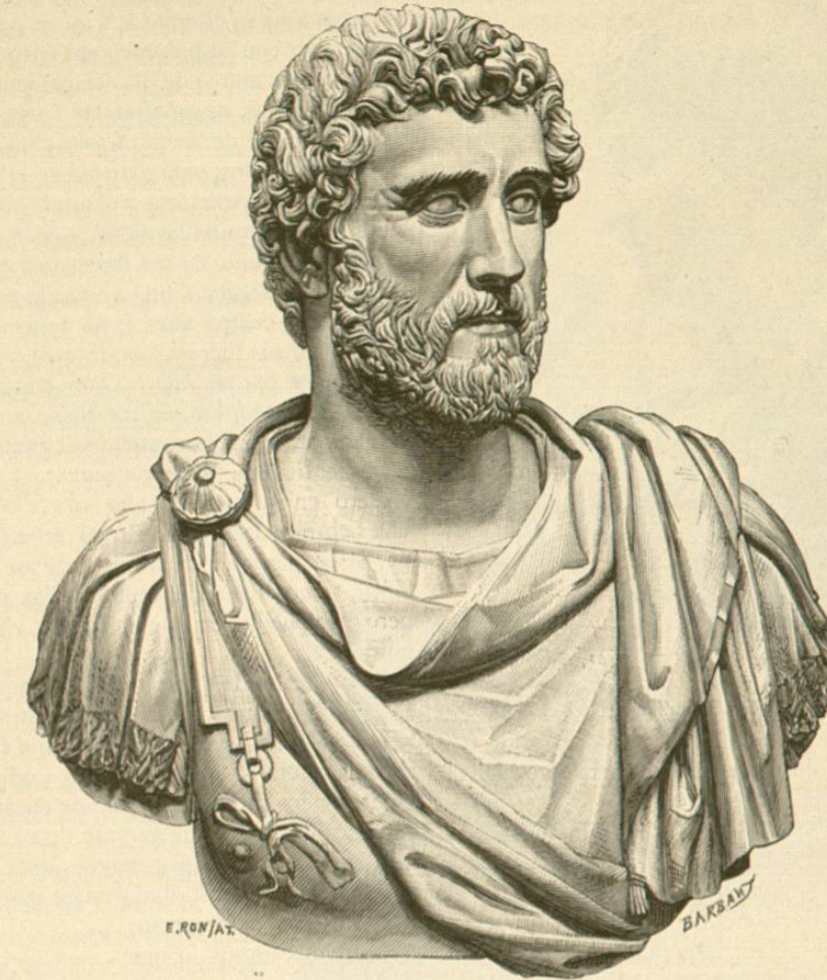
(2) Se pone la redacción de la primera *Apología* hacia el año 150 y la de la segunda á fines del 160 ó á principios de 161.

los: «Ten piedad de tu juventud,» decía á Germánico. Y el mártir, ávido de la muerte, irritaba á las fieras para que cuanto antes lo devoraran.

En el momento de la lucha, flaqueó el frío en su valor y renegó de su fe. Faltaba una víctima á la feroz alegría del pueblo, que gritó pidiendo que se reemplazara á Quinto con Policarpo. Era un anciano de ochenta años y el más ilustre de los obispos de Asia. El gobernador imperial, que lo conocía bien, no lo había inquietado nunca y el santo varón había podido llegar á edad tan avanzada sin ocultar su fe. No creía que se debiera buscar el mal, y al estallar

el furor popular provocado por las temeridades de Quinto, había salido de la ciudad retirándose á una casa apartada. Allí fueron á buscarlo. Policarpo hubiera podido huir, pero no quiso.

El procónsul procuró durante buen espacio arrancarle una palabra que le permitiera salvarlo. «Jura, le dijo, por la fortuna de César; dí: - Quitad del mundo á los impíos, - y te despediré absuelto.» Policarpo contestó: «Soy cristiano; si quieres conocer mi religión, concédeme un día y yo te instruiré en ella.» Habiendo replicado el procónsul que era al pueblo á quien debía convencer, respondió el



Antonino (Busto del Museo de Nápoles)

santo obispo: «No rehuso instruirte á tí, porque he aprendido á dar á los hombres constituidos en dignidad el honor que les es debido; pero esa turba no merece que yo me defienda ante ella.»

Como el pueblo pidiera que se arrojara á los leones á aquel enemigo de los dioses que quería abolir su culto y sus sacrificios, el gobernador objetó que esto no le era permitido, por cuanto habían terminado los juegos. «Entonces á la hoguera!» gritó la muchedumbre. Y corrió á buscar leña á los baños, á las tiendas; después preparó la hoguera, mientras el mártir se desnudaba tranquilamente para subir á ella.

Cuando se le prendió fuego, el viento impelió á su espalda la llama, que se redondeó en bóveda por encima de la cabeza del mártir «como infla la vela de un barco; y nos pareció ver como oro ó plata en el crisol; y al mismo tiempo embriagó nuestros sentidos un olor de esencia preciosa.» El verdugo lo remató con su espada (1).

(1) La fecha del martirio de San Policarpo ha dado lugar á muchas discusiones. M. Waddington (*Vida de Aristid.* p. 235) lo pone

Se había seguido el procedimiento establecido por Trajano: «Si son acusados y están convictos, castíguense.» El pueblo había gritado: «¡A las fieras los cristianos!» Y ofreciéndose éstos de suyo á satisfacer la feroz alegría del populacho, sangre de mártires enrojeció la arena.

Según Justino, semejantes escenas se repitieron en diferentes puntos del imperio. Su *Apología* haría creer en más suplicios que los que en efecto hubo, porque la exageración es uno de los caracteres de este género de escritos. Pero es cierto que el odio contra «los blasfemos de los dioses» crecía en el pueblo con su número; que la fe más confiada venía á ser temeraria y que los oficiales imperiales debieron de haber tenido la mano más pesada de lo que

á 23 de febrero de 155. M. J. Reville (*Revue de l'hist. des religions*, t. III, p. 369) lo refiere al año 166. En cuanto á la cuestión de fecha, la duda subsiste; mas para la historia general, importa poco que Policarpo muriera en tiempo de Antonino ó de Marco Aurelio. Sin duda los emperadores no tuvieron jamás noticia de esto, ni puede modificarse el juicio que haya de formarse de ellos.

hubieran querido administradores inteligentes y escépticos, poco preocupados de Júpiter y mucho de la paz pública.

¿Supo el emperador algo de estos lejanos sucesos? Puede dudarse: ni siquiera es seguro que hubiera conocido en los últimos años de su reinado la ejecución del griego Tolomeo y de otros dos cristianos, ordenada por el prefecto de Roma. Eran personas modestas que se habían entregado de suyo. Su suerte no interesaba á nadie y en aquel mundo tan duro, tan pródigo de la vida humana, un supli-



Faustina, mujer de Antonino (1)

cio no era un espectáculo bastante raro para que hiciera algún ruido en la ciudad.

A los golpes que los herían, contestaban los cristianos con sordas é irritantes amenazas. La Sibila no concedía á Antonino más que tres sucesores, y anunciaba para el año 195 la destrucción de Roma, de Italia y del imperio. «¡Oh! ¡cómo llorarás entonces despojada de tu espléndida laticlavia y vestida de luctuosa ropa, Roma orgullosa, hija del viejo Latino! Caerás para no levantarte, y desaparecerá la gloria de tus legiones de soberbias águilas. ¿Dónde estará tu fuerza? ¿Qué pueblo será tu aliado entre los que has sujetado á tus locuras?»

Al ver tanto odio reunido por las dos partes se comprende que entre la antigua y la nueva sociedad se había abierto un abismo adonde debían caer necesariamente víctimas.

Si sabemos mal lo que hizo Antonino como emperador, sabemos muy bien lo que hicieron después de él los enemigos del imperio. Ahora bien, ¿no debe ser Antonino responsable de una parte de las desgracias de Marco Aurelio? Su padre adoptivo le había preparado un reinado pacífico con la fuerte disciplina puesta en todo; ¿no legó á su sucesor muchos peligros con la dulzura de una administración que no inclinándose á castigar, cerraba los ojos y dejaba que todo se relajara?

Encontrando después de él sin disciplina las legiones, sin seguridad las fronteras, otra vez audaces y provocativos los

(1) Busto del Vaticano, encontrado en la villa Adriana.

partos, los bárbaros franqueando el Rin, el Danubio, los Alpes y llegando hasta Aquilea, en el camino de Roma, y hasta Elatea en el corazón de la Grecia, se tiene el derecho de creer que Antonino fué demasiado amante de su reposo, y que por complacer al senado, tuvo una conducta muy diferente de la que observara su predecesor. Jamás vieron los bárbaros recorrer detenidamente las fronteras para cerciorarse de que por la parte de Roma estaban bien guardadas y por la parte de afuera no se formaban entre los indígenas asociaciones amenazadoras, que debieran ser combatidas por la política ó por las armas. Jamás se presentó en medio de las legiones á examinar atentamente sus necesidades y su disciplina, á tomar parte en sus ejercicios, á mantener con su presencia sus virtudes bélicas. Inactivos detrás de los muros de sus campamentos, no sabían ya manejar las armas, ni soportar las fatigas, y será menester la cruel severidad de Avidio Casio para arrancar de la molición á los soldados, para extirpar en ellos los hábitos de los baños y de las peligrosas voluptuosidades de Dafne, para quitarles el gusto de las flores y las flores mismas con que se ceñían la frente en sus frecuentes festines.

Antonino llegaba á una avanzada edad; había cumplido ya setenta y cuatro años y sin tener ninguna enfermedad disminuían sus fuerzas, por lo cual se hacían rogativas en los templos por su salud. Lyon conserva un monumento destinado á recordar que, tres meses antes de la muerte del emperador, se había cumplido el gran sacrificio expiatorio de aquel tiempo, un *taurobolium*.

Pero en marzo del año 161, lo arrebató á la vida una fiebre de tres días. En el momento de expirar, dió por señal de servicio al tribuno de los guardias: *Æquanimitas*, tranquilidad de espíritu. Era morir como filósofo; pero ¿no puede ser que Antonino viviera siempre como murió?

Se ha hecho de él un marido complaciente y lo mismo se dijo de su sucesor: las dos Faustinas tienen muy mala reputación (2). Estas acusaciones son fáciles de hacer, difíciles de refutar; y parece que no pudiendo la malignidad vulnerar á los Antoninos, hubo de ensañarse contra las dos emperatrices. No saldré garante de su virtud; pero las acusaciones con que se les persigue desde hace diez y siete siglos son vagas ó absurdas, y no me parece que por resignación filosófica sufrieran sus respectivos esposos lo que se llama vergüenza de la familia imperial. No había solamente afecto en estas palabras de Antonino á Fronton, á propósito de la primera Faustina: «En el discurso que has consagrado á mi Faustina encuentro más verdad aun que elocuencia; porque así es ¡sí, por los dioses! preferiría vivir con ella en Giaros, á estar sin ella en el palacio (3).» Bajo estas palabras de amor, veo yo la estimación. Cuando poco después de su advenimiento (141) perdió á la madre de sus cuatro hijos,



Medallón de bronce de Faustina, madre

(2) *De hujus uxore multa dicta sunt ob nimiam libertatem et vendi facilitatem que ille cum animi dolore compressit* (Capitolino, *Anton.* 3). No veo que estas palabras indiquen el adulterio de Faustina. Este dolor de ánimo podía tener por causa ciertas apariencias y no precisamente actos culpables.

(3) Fronton *Epist. ad Ant. Pium*, p. 163, Naber. Giaros era una isla desierta y un lugar de deportación.

no quiso contraer otras nupcias (1) y según la costumbre imperial, le erigió un templo en Roma.

Pero cuando él mismo murió, pasando á la categoría de los dioses, para conservar el recuerdo de este mutuo amor, reunió el senado los restos de los dos esposos, consagrando el templo al dios *Antonino* y á la diosa *Faustina*. De este monumento quedan magníficas ruinas en San Lorenzo de Miranda, iglesia construída en el templo que era objeto de la admiración de los romanos.

Hizo más que dar á Faustina sacerdotisas y estatuas de oro; consagró su nombre con una fundación piadosa en favor «de las niñas Faustinas.» Una medalla con la efigie de la emperatriz, muestra al reverso á Antonino rodeado de niñas, con estas palabras en el exergo: *Puelle Faustinianæ*; y hasta su muerte sostuvo y fomentó la institución de los llamados *Pueri alimentarii*, que salvaba á las familias pobres de la desesperación, evitando que recurrieran á la antigua y abominable costumbre de abandonar á los recién nacidos (2).

Cuando Antonino conoció que se acercaba el término fatal, el fin de su vida, hizo llevar la estatua de oro de la Victoria, que siempre estaba á la cabecera de la cama de los emperadores, á la habitación de su yerno é hijo adoptivo, *Marco Aurelio Antonino*, llamado el *Filósofo*.

II. — MARCO AURELIO

No nos engañe este título de filósofo. Vamos á pasar de un reinado tranquilo á una historia tempestuosa. En el interior del palacio Marco, por más que se diga, no tendrá necesidad de la paciencia de Sócrates ó de la imbecil ceguedad de Claudio; pero este amigo de los dioses y de la humanidad verá desencadenarse sobre el imperio todas las plagas, las inundaciones, la peste, el hambre; este príncipe pacífico vivirá en medio de guerras continuas, que costarán á las provincias innumerables cautivos, hechos por los bárbaros. El contraste entre los sentimientos del filósofo y la existencia del príncipe, da á la vida pública de Marco Aurelio un interés singularmente trágico.

Su familia era originaria del municipio de Súcubo (3) en España; pero él nació en Roma á 26 de abril de 121. Su abuelo, hecho patricio por Vespasiano, había sido dos veces cónsul y prefecto de la ciudad. Marco no tuvo infancia: desde la edad de doce años tomó el manto de los filósofos y mostró la austeridad del más severo estoico, trabajando sin descansar, comiendo poco y durmiendo en el suelo: Domicia Lucila, su madre, tuvo que extremar sus ruegos é instancias para hacerle con-

(1) Hay que decir, sin embargo, que según el uso romano, tomó una concubina (*Capit. Anton.* 8; Marco Aurelio, *Pensamientos*, I, 17, y Orelli, núm. 5466). Juliano en los *Césares*, 9, dice de él: «Hombre moderado, á no ser respecto de Venus.»

(2) Prueba de ello se tiene en las inscripciones de 149 (Cupra Montana), de 150 (Urbino) y en las medallas de los años 151, 160 y 161.

(3) La Ronda ó Súcubi (Súcubo ó Súcuba) en la provincia de Granada ó Córdoba. El nombre de este príncipe era Marco Annio Vero; después de su adopción se llamó Elio Aurelio Vero César; después de su advenimiento, Marco Aurelio Antonino Augusto.

sentir en usar un lecho en que se extendían algunas zaleas.

Después de su adopción por Antonino, á los diez y ocho años, continuó frecuentando á sus maestros; ya emperador les prodigó los honores y recompensas: muchos de ellos fueron cónsules; á otros les erigió estatuas. Colocó sus retratos en medio de sus dioses lares, y en los aniversarios de su muerte, iba á sacrificar en sus sepulcros, que siempre tuvo adornados de flores.

Uno de ellos, el filósofo Rústico, le había prestado el servicio de combatir el detestable gusto que Fronton hubo de inocular al principio en el ánimo de su discípulo, esas ligerezas y niñerías que se encuentran en las cartas de Marco Aurelio á su primer maestro. «He leído mucho esta maña-



Templo de Antonino y Faustina en Roma. (Restauración de Menager.)

na, le escribía una vez, y encontrado diez imágenes ó asuntos de comparación.» Y otra vez: «Te envío una idea que he desarrollado esta mañana y un lugar común de ayer...; hoy me será difícil hacer otra cosa que el pensamiento de la tarde. Envíame tres pensamientos y diez lugares comunes.»

¿Qué educación para un príncipe! Más tarde decía él mismo: «Rústico me apartó de las falsas vías en que entraban los sofistas y de las afectadas elegancias de la retórica: débole no dar nunca á la ligera mi asentimiento á los hábiles discursistas; y él fué quien puso en mis manos los comentarios de Epicteto.»

Siendo débil su complexión, arregló minuciosamente su vida para no gastarla más pronto de lo que la naturaleza quería, y siguió las prescripciones de sus médicos, en cuyo número se encontraba Galeno, como una obligación que se le había impuesto de conservar á su alma la envoltura tem-